

Al llegar tras cada parto la época de la purificación, Isabel, en vez de seguir la costumbre de celebrar este acontecimiento con regocijos y fiestas mundanas, tomaba ella misma en brazos al recién nacido, y saliendo secretamente del castillo, vestida con un sencillo traje de lana y á piés descalzos ¹, se encaminaba á la iglesia de Santa Catalina, situada á larga distancia de las murallas de Eisenach. Por aquella bajada áspera y larga, erizada de agudos guijarros que le despedazaban sus delicados piés, conducía ella misma en brazos á su hijo como lo había hecho la Virgen sin mancha: en llegando al templo colocaba sobre el altar á la criatura con un corderito y un cirio, diciendo: «Jesús, Señor mio, á Vos y á vuestra santa madre María os ofrezco este fruto querido de mis entrañas. Ved, Señor y Dios mio, que os le doy con todo mi corazón, como Vos me le habeis dado, pues que sois el Soberano y Padre amabilísimo de la madre y del hijo. Lo único que os pido, la única gracia que me atrevo á solicitar de Vos, es que á este parvu-

¹ De regreso regalaba este vestido á una mujer pobre, recién parida como ella. (*Theod. Jean Lefèvre*, etc.).

«dillo bañado en mis lágrimas le admitais «en el número de vuestros servidores y «amigos, y le otorgueis vuestra bendición.»

CAPÍTULO XII.

De como el buen duque Luis protegia á su pobre pueblo.

Liberabit pauperem á potente, pauperem cui non erat adiutor.

(*Psalm. LXXI, 12*).

Indutus est iustitia ut lorica, ut galea salutis in capite eius: indutus est vestimentis ultionis, et opertus est quasi pallio zeli...

Quia ego Dominus diligens iudicium, et odio habens rapinam.

(*Isai. LIX, 17; LXI, 8*).

Todo en la vida de estos santos esposos demuestra la profunda simpatía que les unía, y hasta qué punto ambos eran dignos el uno del otro; la Duquesa, según vimos, empleando toda la energía é ingeniosa ternura de su alma en socorrer á cuantos infelices se hallaban á su alcance; el Duque, como ahora veremos, consagrando su valor y talentos militares á la defensa de los intereses del pueblo que Dios le ha-

bia confiado. Este ingénito amor á la justicia, virtud que hemos señalado como la principal de su carácter, le inspiraba un sentimiento tan profundo de los derechos de sus vasallos y una simpatía tan generosa hácia todas las injurias que les hacian, que solamente por este motivo emprendió expediciones lejanas y costosas, cuya causa, cuando llegaba á saberse, dejaba admirados y llenos de extrañeza á súbditos y vecinos.

En 1225 supo el Duque como en las cercanías del castillo de Lubantsk ó Lubitz, en Polonia, habian robado y despojado de cuanto traian á unos vasallos suyos que andaban traficando por aquel país. Inmediatamente convocó para el día de la Dispersion de los santos Apóstoles ¹ un ejército reclutado en la Hesse, Turingia y Franconia, al cual incorporó los caballeros de Osterland; y luego, sin dar á conocer el motivo de la marcha, le condujo hasta las ori-

¹ Esta fiesta, que se halla en los antiguos calendarios desde el siglo IX, se celebraba el 13 de julio. Tenia por objeto solemnizar la salida de los Apóstoles para sus diferentes misiones despues de la ascension de Nuestro Señor, y el descenso del Espiritu Santo. Celébrase todavía en Alemania y en la Lorena.

llas del Elba. Cuando hubo llegado á Leipzig, dispuso que tambien se agregaran á la expedicion los caballeros sajones de su palatinado y mucha gente de armas de la Misnia, como tutor que era Luis del jóven Margrave de esta provincia, sobrino suyo. Entonces fue cuando declaró á su gente que el proyecto era llegar hasta Polonia para poner sitio al castillo de Lubantsk y vengar el agravio inferido á sus pobres súbditos. Tan frívola pareció la causa de tan larga expedicion, tan general entre los caballeros el disgusto de ir tan léjos por un simple asunto de negociantes, que muchos determinaron abandonar el campo y retirarse á sus tierras una vez que el Duque no queria hacer caso ninguno de sus objeciones; pero fuese vergüenza ó temor á la severidad del Duque, permanecieron en su puesto. De bueno ó mal grado le siguieron hasta Polonia, donde el Duque entró á la cabeza del ejército, haciéndose preceder de una vanguardia de tres mil y quinientos hombres escogidos que llegaron tres dias antes que él al pié de los muros de Lubantsk. Mientras llegaba el jefe, pegaron fuego á la poblacion y embistieron el castillo. Sumamente sorprendido se quedó el

Duque de Polonia cuando supo que un landgrave de Turingia venia de tan léjos á invadir el país á la cabeza de tan poderoso ejército, y le envió al momento una embajada con proposiciones de indemnizacion pecuniaria; pero Luis las rechazó contestando que eran buenas para hechas cuando él habia escrito amistosamente antes de salir á campaña, y que se equivocaba si creia que él habia andado tanto y tomádose tal trabajo para nada. En llegando á Lubantok apretó vigorosamente el cerco; visto lo cual por el Príncipe polaco, envió á Luis un obispo con nuevas y mas enérgicas representaciones, como era la de hacerle presente que siendo tambien los polacos muy famosos guerreros, tendríale mas cuenta dejar su empeño y volverse sin tardanza por donde habia venido; que de no hacerlo, el Duque de Polonia vendria el lunes próximo á exterminar á todos aquellos alemanes. El Landgrave contestó muy cortesmente que seria muy gustoso en conocer al Duque; que despues del citado lunes, todavia estaria aguardando ocho dias mas á fin de ver qué clase de gente eran aquellos polacos. Pero ni éstos ni su Príncipe se dejaron ver: repetidos los asaltos se rindió el castillo; y

despues de hacerlo arrasar, el duque Luis se volvió á su casa dejando en toda la Alemania oriental un concepto muy favorable de su justicia, de su valor y de su afecto hácia el pobre pueblo.

Algun tiempo despues volvió el Duque á salir á campaña por una causa aun mas importante al parecer, pero que nos da una idea tan exacta de la bondad y popularidad de su carácter, así como de las costumbres de esta época, que bien merece ser referida con algun detenimiento. Dos ó tres años antes, durante la feria anual de Eisenach, habia bajado el Duque á la ciudad y andaba entretenido mirando tiendas y puestos de mercaderes, entre los cuales acertó á ver un buhonero que tenia de manifiesto su modesta pacotilla compuesta de alfileres, dados, cucharas, santitos de plomo y dijes menudos de mujeres. Preguntóle el Duque si con aquello poco ganaba la vida. «Señor, contestó el hombre, á mí me da vergüenza mendigar, y tengo pocas fuerzas para trabajar á jornal; pero con que solo tuviera yo seguridad de ir de un pueblo á otro, esto que veis aquí, aunque tan poco, me bastara con la gracia de Dios para vivir; y aun pudiera al

«cabo del año granjear alguna ganancia y «aumentar mi capital.» Compadecido el Duque le contestó: «Pues bien; darte he «yo un salvoconducto por un año, á fin de «que puedas recorrer mis dominios sin pa- «gar peajes ni gabelas. ¿Cuánto valdrá tu «tienda?—Unos veinte chelines, respon- «dió el buhonero. —Dalde diez de mi par- «te, dijo el Duque volviéndose á su tesore- «ro que tenia junto á sí, y extendedle un «salvoconducto que lleve mi sello.» Y lue- go dirigiéndose al mercader, añadió: «Quie- «ro ir á medias en tu trato; dame palabra «de ser buen socio, y yo te mantendré li- «bre de toda gabela.» El pobre buhonero estaba fuera de sí de pura alegría, y con- fiando en la suerte se puso en marcha. Al cabo del año volvió á Wartbourg á verse con su noble sócio y enterarle del aumento y estado de su mercancía, que á la verdad habia prosperado mucho, y del cual tomó el Duque algunas menudencias que regaló á los criados. El buhonero repitió puntual- mente su visita todos los años para entre- gar á Luis la parte de las ganancias del pe- queño capital, que poco á poco creció de tal manera que no pudiendo ya llevarle al hombre, fue necesario hacer de la mercan-

cía dos lios respetables y comprar una bor- rrica para conducirlos durante las expedi- ciones, cada vez mas largas y mas produc- tivas.

En una de ellas llegó el mercader hasta Venecia hácia fines de 1225, en cuya ciu- dad compró una multitud de objetos ex- tranjeros y de valor, como sortijas, braza- letes y broches de pecho para señoras, co- ronas y diademas guarnecidas de pedreria fina, copas y espejos con marco de marfil, rosarios de coral, etc. Al llegar á Wurtz- bourg en Franconia, de camino para la en- trevista anual con su noble asociado de Wartbourg, el buhonero puso á la venta todas estas mercancías. Viéronlas unos fran- conios que entraron en deseos de adqui- rirlas para sus mujeres ó sus amigos, pero sin pagarlas al dueño; y para cumplir este gusto, estuvieron de acecho emboscados á cierta distancia de la ciudad; y cuando pa- só por allí el mercader, cayeron de impro- viso sobre él y le quitaron toda su hacien- da incluso la borrica. No solamente se bur- laron del salvoconducto que el pobre hom- bre les puso á la vista para librarse de sus manos, sino que quisieron atar y llevarse consigo al portador, que á duras penas lo-

gró escapar vivo de la refriega. Triste y desconcertado llegó á Eisenach donde refirió á su socio y señor la desgracia que le habia sucedido. «No hayas tanta pesadumbre, le respondió éste, por la pérdida de «nuestra mercancía; ten un poco de paciencia y déjame á mí el cuidado de ir á «recobrarla.» Y dando la orden de convocar sobre la marcha á los condes, caballeros, escuderos de las cercanías, y aun á los paisanos que servian de infantería, entró sin demora á la cabeza de toda esta gente por las tierras de la Franconia, devastando el país y buscando por todas partes noticias sobre el paradero de su borrica. Noticioso de la invasion el Príncipe obispo de Wurtzbourg, mandó á pedir al Duque la explicacion de aquel hecho. Este respondió que venia buscando una cierta borrica suya que la habia sido robada por unos hombres del país del Obispo; y el Prelado que lo oyó hizo buscarla y devolverla juntamente con el cargamento al Landgrave, quien gozoso y triunfante se volvió para su casa dejando admirado al pobre pueblo por lo bien que sabia ampararle en sus ofensas.

Entre tanto habia recibido del empera-

dor Federico II una invitacion de venir á reunirsele en Italia, para donde salió sin tardanza, pasando los Alpes antes de concluirse el invierno; y llegó á tiempo para tomar parte en la campaña del Emperador contra los de Bolonia y demás ciudades insurrectas, tomando asiento, luego de terminada, en la gran Dieta de Cremona por las Pascuas de 1226. Satisfecho el Emperador de su adhesion y bizarría, le concedió la investidura del margraviato de Misnia para el caso de extinguirse la descendencia de su hermana Judith, viuda del último margrave, y al mismo tiempo la de toda la tierra que pudiera conquistar en Prusia y en Lituania, á cuyos países tenia pensado de ir á llevar la fe de Cristo ¹.

¹ Este proyecto fue realizado algunos años despues por los caballeros del Orden teutónico, del que Conrado, hermano de Luis, era uno de los principales jefes. Se puede por tanto suponer que los planes del esposo de Isabel no han dejado de influir en este acontecimiento, uno de los de mas bulto é importancia en la edad media por los resultados que tuvo. (*Berthold. Miss. Goth. Sagittarius*).

CAPÍTULO XIII.

De como hubo una grande hambre que asoló la Turingia, y la amada santa Isabel practicó todas las obras de misericordia.

Esurivi, et dedistis mihi manducare: siliivi, et dedistis mihi bibere: hospes eram, et collegistis me: nudus, et cooperuistis me: infirmus, et visitastis me: in carcere eram, et venistis ad me.

(*Matth.* xxv, 35-36).

No bien partiera el Duque para alistarse en las banderas imperiales, cuando en toda la Alemania se declaró una hambre horrosa cuyos estragos se hicieron sentir principalmente en la Turingia. La plaga redujo al pueblo al último extremo: veíanse bandadas de pobres por los campos, las carreteras y los bosques buscando y arancando para matar el hambre las raíces y frutos salvajes que son el comun alimento de las bestias, y devorando los caballos y asnos muertos, con otros animales mas inmundos. Pero á pesar de tan desesperados recursos, gran número de estos desgracia-

dos murieron de hambre, dejando los caminos y senderos cubiertos de cadáveres.

Á la vista de tan espantoso infortunio, penetró el corazon sensible de Isabel una compasion inmensa. De dia y de noche ya no pudo pensar ni ocuparse en otra cosa que en aliviar la miseria de sus infelices súbditos. El castillo de Wartbourg llegó á ser como el foco de una caridad sin límites, derramando de continuo inagotables beneficios sobre las poblaciones vecinas. Isabel dió principio á sus tareas caritativas distribuyendo entre los pobres del ducado todo el dinero contante de las arcas del Duque, importante la cantidad, muy grande para entonces, de sesenta y cuatro mil florines de oro, producto de la venta reciente de unas posesiones. Despues de esto mandó abrir todos los graneros de su marido; y sin hacer caso de la oposicion de los oficiales de la casa ducal, mandó distribuir hasta el último grano al pobre pueblo; y eso que la cantidad de grano, al decir de los contemporáneos, era tan considerable que solamente para rescatar lo que fue repartido entre los pobres, fuera necesario dar en hipoteca los dos mejores castillos del ducado y muchas ciudades. Esta tan